

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

EL VERDADERO ROBINSON.

CAPITULO XII.

La isla de Juan Fernandez.—Encuentro en las montañas.—Disertacion.—Nuevo cautiverio.—Un cañonazo.—Dampier y Selkirk.—Mas afuera.—Noticias de Straddling.—Confidencias.—Fin de la historia del verdadero Robinson.—Nabuco-donosor.

El primero de febrero de 1709, un buque inglés, equipado y tripulado por armadores de Bristol, despues de navegar en conserva con otra nave, y de doblar el cabo Horn, echó el ancla, ya solo á los 33° de latitud meridional, en la isla de Juan Fernandez, distante ciento diez ó ciento veinte leguas de la costa de Chile.

El segundo buque no debia tardar en reunirsele.

Habianse manifestado á bordo sintomas de escorbuto, y durante algun tiempo debia prolongarse allí una estacion, que habia llegado á hacerse necesaria para la salud de la tripulacion.

Levantadas ó ramadas las tiendas, varios marineros que se habian internado en la isla, vieron al anochecer con gran sorpresa, un ser velludo é informe; pero que sin embargo tenia apariencia humana, y que al acercársele comenzó á buir trepando por las montañas, y saltando de peñasco en peñasco, con la rapidez de un ciervo, y la ligereza de una gamuza ó cabra montés.

Algunos dudaron que fuese un hombre y se prepararon á hacerle fuego, pero se lo impidió un oficial que los acompañaba, llamado Dower.

De regreso á donde estaban los demás compañeros, los marineros refirieron lo que habian visto: Dower hizo otro tanto con los del estado mayor, y aquella noche, segun dice la relacion de que hemos tomado estos

apuntes, en el campamento de la ribera, y en los castillos de proa y de popa, se contaron cosas é hicieron tales suposiciones, que podrian entretener á una asamblea de puritanos, durante una cuaresma entera.

En aquella época, estaban muy en boga entre los marineros los cuentos maravillosos. No hacia mucho tiempo que los españoles habian descubierto gigantes en la Patagonia, los portugueses sirenas en los mares del Brasil, los franceses tritones y sátiros en la Martinica y los holandeses hombres negros con pies de cangrejo, mas allá de Paramaribo.

El extraño individuo de que entonces se trataba, debia ser un sátiro, ó por lo menos uno de aquellos hombres velludos que andaban en cuatro pies, semejante á los que el verídico Jacobo Carlier, declara haber encontrado en el Norte de la América.

Pareciéndoles á algunos que aquella suposicion era demasiado sencilla, indicaron diestramente que ninguno de los marineros que habian encontrado al monstruo señalaba tan crecido número de patas. ¿Y para qué cuatro? ¿por qué no seria un hombre monópodo, un hombre que aun cuando su tronco no estuviere sostenido mas que en una sola pierna, pudiese con ella atravesar distancias considerables?... ¿La existencia de los hombres monópodos, no estaba atestiguada por viajeros modernos, y en la antigüedad y en la edad media por Plinio y por San Agustin?

Tomo III.

Otros pensaban si seria un hombre acéfalo, ó sin cabeza, señalado por el grave Baumgarthen, como que existia en el nuevo continente: no le habian visto muchas piernas, concedido; pero tampoco le habian visto cabeza; y ¿por qué la habia de tener?—La discusion siguió su curso, y ni una sola voz se levantó para hacer esta observacion juiciosa: si no se le han visto ni cabeza ni pies, seria por que no lo permitió la oscuridad.

Como todos querian satisfacer su curiosidad, al dia siguiente se dispuso una batida en regla contra aquel fenómeno: rompen la marcha, buscan su guarida, le cercan, le persiguen, y por fin le cogen, y en aquel hombre monópodo, acéfalo, en aquel sátiro, en aquel cercopiteco, los bravos marineros de la Gran Bretaña descubren con asombro..... que..... ¡un compatriota, un escocés, un súbdito de la reina Ana!....



Selkirk se presenta al capitán Woode-Rogers.

Era Selkirk con los cabellos largos y descompuestos, la barba erizada, los miembros cubiertos con pedazos de pieles de animales, y medio privado de su razon.

La isla de Juan Fernandez, llamada así por el nombre del primer navegante que la descubrió, era su isla: era la isla Selkirk.

Quando le condujeron á presencia del capitán Woode-Rogers, jefe de la expedicion, el desgraciado solo contestó á las preguntas del capitán bajando la cabeza con un temblor nervioso, y repitiendo maquinalmente las últimas frases de las palabras que le dirigian.

Repuesto poco á poco de su turbacion, y conociendo que eran ingleses, trató de pronunciar algunas palabras, pero las pocas que pudo tartamudear, eran incoherentes y sin enlace.

La soledad y el cuidado de su subsistencia, dice Pau, habian ocupado de tal modo su entendimiento, que se le habian borrado todas las ideas morales. Tan salvaje como los animales, ó quizá mas, casi habia olvidado enteramente el secreto de articular sonidos inteligibles. (1)

Habiéndole preguntado Woode-Rogers desde que

(1) Observaciones filosóficas sobre los americanos, tomo I, pág. 293.

época se encontraba en la isla, Selkirk guardó silencio: sin embargo, habia comprendido la pregunta, porque sus ojos se abrieron con espanto, como si midiese el largo espacio de tiempo que habia durado su destierro: estaba muy lejos de tener una idea exacta, no le apreciaba mas que por los padecimientos que habia sufrido, y mirando fijamente sus manos, las abrió y cerró muchas veces.

Si se hubiese de calcular por aquella señal, marcaba lo menos veinte ó treinta años, y todos lo creyeron así, pues las arrugas de su frente, su ennegrecido cutis, sus cabellos y barba encanecidos, le daban la apariencia de un viejo.

Selkirk habia nacido en 1680, y apenas tenia entonces veinte y nueve años cumplidos.

Despues de contestar de aquel modo, meneó la cabeza, y dirigió su

turbada mirada á los objetos que le rodeaban; acababa de despertarse en él un recuerdo, y lanzando un grito, dió un paso hacia atrás, y señaló con el dedo un cedro que se hallaba á su izquierda. Era el árbol en que al separarse del *Espadon* habia escrito la fecha de su llegada á la isla. Acercóse el oficial Dower, y á pesar de las arrugas que habia formado la corteza, pudo leer esta inscripcion:

—Alejandro Selkirk, de Largo, Escocia.—27 de octubre de 1704.

Su destierro del mundo, habia pues durado cuatro años y tres meses.

A pesar del interés que podia escitar por sus desgracias, por su nombre, y por su acento, mucho mas que por su language, el capitán Woode-Rogers, hombre honrado y benigno, pero de estremada severidad en todo lo concerniente á la disciplina, conociendo que trataba con un súbdito inglés, sospechó si seria algun desertor de la marina británica, dió las órdenes oportunas para que no se le perdiera de vista hasta que recayese una determinacion definitiva.

Los marineros á quienes se confió aquel encargo, no encontraron muy fácil custodiar á un preso que se subia á los árboles como una ardilla, y que podia desafiarlos á todos á la carrera, y por precaucion le ataron fuertemente al mismo cedro en que se hallaba grabado su nombre. Allí, el desgraciado Selkirk, parecia una fiera espuesta al público con su correspondiente rótulo.

En seguida, mas bien por pasatiempo que por maldad, le atormentaron con preguntas, para que les diese respuestas equivocadas ó insensatas, que les divertian mucho: despues, con una especie de sorpresa infantil, se pusieron á examinar lo crecido de su barba, de sus cabellos y de sus uñas, el prodigioso desarrollo de los músculos de sus brazos y piernas; y las plantas de sus pies tan endurecidas por el ejercicio, que parecian de una materia córnea. Habiéndole encontrado debajo de los pedazos de piel de cabra, un cuchillo, cuya hoja, desgastada por el uso y el roce, se hallaba reducida á las proporciones de la de un cortaplumas, se le quitaron para examinarle: pero el prisionero, comenzó á agitarse con violencia, y á dar tales alaridos al ver que le arrebataban aquella arma, único instrumento que le quedara en el naufragio, que tuvieron que devolvérsele.

A la hora de la comida, Selkirk recibió como los demás su racion de vianda y de bizcocho; comió este con gran satisfaccion, pero á pesar de que en un prin-

cipio había sufrido tanto por la privación de la sal, le parecía entonces que el grado de salazón de la vianda era insostenible. Señaló al arroyo, y uno de sus guardas le ofreció cortesmente su cantimplora que contenía una mezcla de rom y de agua; se la acercó á los labios, y la retiró violentamente lejos de sí como si se hubiese quemado.

Por la noche fué trasladado á bordo.

Pocos dias despues fué ya cobrando afición al alimento común, y se iban fijando sus ideas; iba adquiriendo mayor facilidad en hablar; pero como no le habían devuelto la libertad de sus movimientos, entreveía un nuevo cautiverio, y su irritación era un obstáculo para que recobrase sus facultades completamente; pero Dios que le había sujetado á tantas y tan duras pruebas, acudió en su socorro.

Una mañana que las gentes del navío estaban ocupados, unos en calafatearle, y otros en recoger yerbas en la isla para hacer ensalada, resonó á lo lejos en el mar un cañonazo. Los grumetes subieron á las gaviotas, los que estaban en tierra acudieron á la playa, los oficiales tomaron sus anteojos, y todos juntos prorrumpieron en una exclamación. Llegaba el buque que debía reunirse con la *Duquesa de Bristol*, en Juan Fernandez. Aquel buque mandado por el teniente William Cook tenía por primer piloto á un hombre mas célebre en los fastos marítimos que los mismos gefes de la expedición: era Dampier, el infatigable Guillermo Dampier, que millonario en otro tiempo, pero arruinado ahora por necias prodigalidades y fallidas especulaciones, acababa para reponerse de sus pérdidas, de emprender su tercer viaje al rededor del mundo.

Apenas llegó oyó hablar del gran acontecimiento del dia, del hombre salvaje. Nombráronsele, y recorriendo su memoria, recordó haber conocido un Alejandro Selkirk en San Andrés, en la taberna del *Salmon Real*. Fué á verle, le preguntó, le reconoció, y sin perder tiempo, despues de hacerle cortar la barba y el pelo, y de proporcionarle un vestido decente, le presentó á Woode-Rogers, como uno de sus antiguos compañeros, en otro tiempo intrépido y distinguido oficial de marina, y uno de los vencedores de Vigo, que el mismo había embarcado en el *Espadon*, buque de descubrimientos, equipado en gran parte á sus espensas.

Recobrado la libertad y sostenido por los cuidados y atenciones de Dampier, su antiguo héroe, fué Selkirk reanimándose. Su primer pensamiento se ocupó entonces en aquel ser desgraciado desterrado sin duda todavía en la isla de San Ambrosio. Despues de enterar al antiguo marino del hallazgo que había tenido de una botella que contenía un pergamino escrito: —Querido capitán, le dijo, sería una acción meritoria y digna de vos, el cooperar á la libertad de ese desgraciado. Para ello solo se necesita una lancha, por que la isla de San Ambrosio está poco distante. ¡Oh! con cuanto gusto os acompañaría en esta escursión!

—Mi bravo solitario, le contestó Dampier moviendo la cabeza, la isla inmediata de que habláis, no es otra que la segunda de Juan Fernandez, llamada *Mas afuera*. En cuanto á la de San Ambrosio que pensais tocar con la mano, si desde mi último viaje no se ha convertido en una isla flotante, y si permanece en donde yo la he dejado, debajo del trópico de Capricornio, no es tan fácil ir á buscarla: ademas vuestra botella podía ser muy bien la de la tinta. Aquí hay confusión de lugar y confusión de tiempo; no solo *Mas afuera* no es San Ambrosio, sino que esta última isla, lejos de estar desierta, como dice vuestro correspondiente, hace mas de veinte años que se halla habitada por una porción de diablillos rabiosos, pescadores y piratas, que comen patatas y becerros marinos, y que cuando los visité en 1702, me recibieron cortesmente á fusilazos, y á los cuales devolví sus saludos haciendo jugar mi artillería. Sin duda, honrado mancebo, cuando recibisteis esa carta ya había muerto el que la escribió. ¿Qué fecha tenía?

—Ninguna, dijo Selkirk; las últimas líneas estaban borradas: y se estremeció con la idea de los peligros que había corrido buscando á un amigo que ya no existía, y una tierra que jamás había habitado.

Despues de cumplir con aquel deber de humanidad, y que ademas miraba como una deuda sagrada contrada con su amigo, Selkirk, sin objeto alguno, dejó escapar de sus labios el nombre de Stradling, y si le tenía no podía ser otro que el del resentimiento, que debía ser satisfecho.

Prosiguiendo su viaje, despues de costear las tierras magallánicas, Stradling fué sorprendido por un espantoso huracan, que puso su embarcación en el mayor apuro. Rechazado cinco ó seis veces por la tempestad y por los espaoles de los puertos á donde trató de guarecerse, fué arrojado hácia el rio de la Plata, sobre una costa inhospitalaria. Atacado por los indígenas, perdió la mitad de su tripulación, y fué robado: con los restos de su navío construyó otro á que dió el nombre de los *Cinco puertos*, en vez del de el *Espadon*, que ya no era digno de llevar. Era una gran pinaza, con la que entró furtivamente en Inglaterra. Ya hacia mucho tiempo que Dampier no había oído hablar de él.

Selkirk se creyó suficientemente vengado: su felicidad presente imponía silencio á sus rencores pasados: hasta se había reconciliado con su isla.

Todos los dias recorria las diversas partes de ella, con emociones tan variadas como los recuerdos que excitaban en él. Pero ahora no se encontraba solo. Asido del brazo con Dampier, volvía á ver aquellos sitios en que tanto había sufrido, y que con frecuencia volvían á tomar para él su aspecto encantado.

Necesariamente su compañero de paseo hubo de

estar bien pronto al corriente de su historia. Cuando le refirió todo lo que ya sabemos de ella desde su desembarco hasta la construcción de su almadia y terrible naufragio, llegó por fin, no sin rubor, á la narración de sus últimas desgracias, que eran las únicas que podían explicar el estado deplorable en que le encontraron los marineros.

Condenado á la inacción y á la impotencia por la pérdida de sus hachas y demas instrumentos para el trabajo, no había tenido que ocuparse ya mas que en proporcionarse el alimento. Pero la mar le había llevado tambien sus lazos; primero se sustentó con yerbas, frutas y raíces, pero repugnando su estómago los alimentos crudos, como había repugnado el pescado, armado de un palo comenzó á perseguir y cazar los agutis, y á falta de estos comía ratas.

Por la noche subía silenciosamente á los árboles, para sorprender en el nido á alguna ave, que ahogaba desapiadadamente sobre los huevos ó sus hijuelos. Sin embargo, al oír el ruido que hacia en las ramas, casi siempre se le escapaba aquella presa alada.

Quiso construir una escalera, y valiéndose únicamente de su cuchillo, trató de cortar por el pie dos arbolitos, pero durante aquella operación se le rompió el cuchillo, y se quedó solo con un pedazo, lo cual fué una calamidad para él.

Con juncos y filamentos de aloes, había pensado hacer una red para coger pájaros; mas se le había hecho insostenible toda ocupación y trabajo continuo y de paciencia.

Para librarse de las ideas cada vez mas lúgubres que le acometían, le fué necesario acudir á la fatiga del cuerpo.

Por medio de un ejercicio continuo, sus fuerzas de locomoción se desarrollaron en proporciones increíbles. Sus pies se endurecieron de tal modo que no sentía las espinas de las zarzas ni las puntas de los guijarros. Cuando se cansaba, dormía en cualquier parte, y aquellas eran sus horas mejores y mas tranquilas.

Perseguir á los agutis había dejado de ser un objeto digno de él; se dedicó á cazar cabritos y despues cabras. Había adquirido tal destreza en los movimientos, tanta fuerza en la musculatura, y tan grande seguridad en la vista, que para él era un juego saltar por las puntas de los peñascos, y atravesar de un salto las quebradas y barrancos mas anchos; se complacía en ello, y tenía una especie de orgullo.

Algunas veces al lanzarse por el espacio solía coger un pájaro al vuelo.

Hasta las cabras no podían ya competir con él. A pesar de su gran número, si Selkirk hubiera querido no habría dejado una en la isla, pero se guardaba muy bien.

Cuando tenía que hacer provision, se dirigía á los picos mas elevados de las montañas, espantaba la caza, la perseguía y la agarraba por los cuernos ó la derribaba de un palo, despues de lo cual su pedazo de cuchillo hacia su oficio. Degollada la cabra, se la cargaba al hombro, y tan ligero como antes se volvía á la gruta ó al copudo árbol debajo del cual debía comer y dormir aquel dia. Ya hacia mucho tiempo que había renunciado á su cabana, demasiado distante de los lugares altos en donde encontraba reses que cazar.

Aun cuando tuviese hecha su provision, no dejaba de continuar la caza y perseguir á las cabras, pero lo hacia por su satisfacción personal: en cuanto alcanzaba una, se contentaba con partirla la oreja, que era la marca que ponía á su libre rebaño. En los últimos años de su permanencia en la isla, mató y cortó la oreja á cerca de quinientas. (1)

Segun el orden natural de las cosas, á medida que se fueron aumentando sus fuerzas, se iba debilitando su inteligencia.

La necesidad había hecho nacer su industria, por que esta se desarrolla con aquella, pero la suya mas bien era debida á sus recuerdos que á su propio ingenio. Se conceptuaba creador y no era mas que imitador.

Digan lo que quieran los que en los cálculos de una moral engañosa han querido ensalzar el poderío del hombre solitario, si este, rodeado de circunstancias favorables, puede sostenerse algun tiempo en un estado mas ó menos soportable, no se crea que es por sus propias fuerzas, sino por los medios que le ha suministrado la sociedad. He aquí la verdad incontestable ante la cual, en su orgullo, había Selkirk vuelto la cabeza.

Privado únicamente de ejercicio y de alimento, su pensamiento que no estaba ya sostenido por lecturas santas, se hundía de dia en dia en un abismo de sueños y de vértigos.

Victima de unos terrores cuya causa no hubiera podido explicarse, temía la oscuridad, y se estremecía al menor ruido que el viento hacia en las hojas; si soplaban con fuerza, creía que los árboles iban á ser arrancados de raíz, y á caer sobre él; si bramaba el mar, temía que sumergiese toda la isla.

Cuando recorria los bosques, sobre todo si hacia mucho calor, le parecía que oía distintamente voces que le llamaban, y se contestaban. Oía frases enteras y otras incompletas; aquellas frases, que no estaban en armonía con su pensamiento ni con su situación, eran muy estrañas para él. Algunas veces hasta reconocía la voz.

Tan pronto era la de Catalina, que regañaba á sus criados, como la de Stradling, Dampier, ó alguno de los regentes del colegio; una vez le sucedió que oyó

(1) Largo tiempo despues de su partida de Juan Fernandez, las tripulaciones de los buques que fueron á hacer aguada á aquella isla y los piratas que se refugiaron en ella, encontraron cabras cuya oreja había sido cortada por el cuchillo de Selkirk.

tambien la voz de uno de sus condiscipulos, de quien nunca se había acordado, y otra la de su antiguo almirante Brooke, que pronunciaba las palabras de mando.

Si trataba de alzar la suya para imponer silencio á aquellos coros de demonios que le atormentaban, solo con muchos esfuerzos lograba articular algunas sílabas confusas.

No hablaba ni cantaba; su memoria se iba estinguendo gradualmente. Algunas veces llegaba á perder el sentimiento de su identidad; entonces al menos dejaban de pesar sobre él su estado de aislamiento, y el recuerdo de sus desgracias.

Sin embargo, se acordó que hacia aquella época, habiéndose acercado á la playa del *Espadon*, atraído por un ruido extraordinario que allí sonaba, la vió cubierta de soldados y marineros, que sin duda eran españoles. La idea de encontrarse entre hombres, le había hecho palpar el corazón; pero cuando bajaba por la ladera de las colinas para acercarse á ellos, oyó tiros, las balas silbaron junto á su cabeza, y huyó asustado.

Otra vez se había vuelto á encontrar allí sin querer, porque ya no conocía los bosques y los valles que conducían á la playa. ¡Ah! ¡cuánto había variado el aspecto de su antigua morada!... ¡Qué gran número de años había transcurrido desde que vivió allí!... Los caminos cubiertos de arena que conducían á la gruta y al mimosa, habían desaparecido: el mimosa tenía rotas sus principales ramas, y parecía sepultado bajo sus propias ruinas: ya no había vestigios de su vivero ni de su berizal: su gruta cubierta por el follaje de las enredaderas y heliotropos no se divisaba ya: hasta su misma cabana no existía, derribada y arrebatada sin duda por un huracan. Solo descubrió el sitio por los cinco mirtos, que desembarazados de su techumbre de cañas y de sus tabiques, habían vuelto á recobrar su adorno natural, verde y lustroso, como si jamás les hubiese tocado el hacha. A su pie habían crecido, como en otro tiempo, zarzas y otros matorrales. Los dos arroyuelos, la *Curruca* y el *Tartamudo*, eran los únicos que no habían sufrido alteración. El uno con su suave murmullo, y el otro con su estrepitoso curso, continuaban siempre su dirección hácia el mar adonde parecía haber ido á sumergirse con sus aguas el recuerdo de lo que había pasado en sus orillas.

Al ver aquella playa que ya no conservaba nada suyo, Selkirk permaneció algunos momentos taciturno y absorto en sus incoherentes pensamientos entre los cuales debía dominar este: —Aun durante mi vida, olvidado ya del mundo entero, he visto desaparecer mis huellas hasta en esta misma isla que habito hace tanto tiempo....

Sonó un ruido entre las hojas, y le pareció ver á Marimonda balanceándose en una rama: no diviso nada, se acordó de que Marimonda yacía en el Oasis, y tomó el camino de la montaña, pero cuando llegó á ella y estuvo junto al sepulcro ya cubierto de yerba, se le olvidó con que objeto había ido allí.

Le acometió uno de aquellos terrores sin fundamento que cada vez experimentaba con mas frecuencia, y bajó rápidamente de la montaña, lanzándose de pico en pico, á lo largo de los peñascos.

Todavía no carecía Selkirk completamente del sentimiento religioso que en otro tiempo le sostenía en sus duras pruebas, pero se había oscurecido con las tinieblas de su razon. Su religion no era otra que la del miedo. Cuando el mar se agitaba con violencia, cuando amenazaba la tempestad, se arrojaba y juntando las manos las elevaba al cielo; pero no era ya á Dios á quien imploraba, sino al Océano enfurecido y al trueno. Pensaba en conjurar al genio del mal. Habiendo caído un dia un rayo en una palmera próxima á él, adoró al árbol: sus perversas creencias habían venido á parar en el fetiquismo.

He aquí en sustancia lo que Alejandro Selkirk contó á Guillermo Dampier; he aquí lo que la soledad había hecho de aquel hombre, tan jóven todavía y antes tan inteligente: he aquí en lo que se había convertido aquel despreciador de sus semejantes, entregado á sus propias fuerzas.

Dampier le escuchó con la mas profunda atención, interrumpiéndole únicamente con exclamaciones de interés y compasión. Cuando concluyó de hablar, tendiéndole la mano:

—Hijo mio, le dijo, la lección ha sido muy dura, pero que os sea provechosa: ella os ha enseñado que las penalidades que se sufren á bordo, aun con un Stradling son preferibles al disgusto del desierto. Sin duda hay entre nosotros malvados, pero menos que entendimientos débiles. Creed en la amistad, y sobre todo en la mia, que desde hoy os profeso á fe de Guillermo Dampier.

Y abrió los brazos al jóven que se precipitó en ellos. De regreso al buque, Dampier regaló á Selkirk su propia Biblia; éste la tomó con avidez, y despues de ojear algunas páginas, como para encontrar un texto que conviniese al estado de su espíritu, leyó en alta voz el pasaje siguiente:

«Fué separado de la sociedad de los hijos de los hombres; habitó con los animales y bestias feroces, y su corazón llegó á asemejarse al de las bestias; comió la yerba de los campos como un buey, y su cuerpo fué humedecido con el rocío del cielo.»

(Daniel, cap. V, versículo 21.)

CONCLUSION.

Woode-Rogers, supo despues las desgracias de Selkirk y le cobró afecto: desde aquel momento, le

mismos marineros le manifestaron grande deferencia; sin embargo, entre ellos y á manera de burla, le llamaban el *señor gobernador*, y se quedó con aquel sobrenombre.

Para obsequiarlos en su isla, el *señor gobernador* dió un día á las tripulaciones reunidas de los dos buques, el espectáculo de una de sus cacerías á la carrera. Volviendo á tomar su antiguo trage, se dirigió hacia las altas montañas, en donde á su vista dejó que pasase por delante de él una cabra, y lanzándose en su persecución por medio de los riscos, y atravesando las gargantas de los montes, agarrándose á alguna mata (cuyo medio había aprendido de Marimonda) consiguió acosar á su caza de largos cuernos hasta las colinas de la playa. Cuando llegó allí el pobre animal, jadeando y sacando la lengua, se tendió ya sin aliento. Selkirk la cogió entonces viva, se la cargó en los hombros y la regaló á Woode-Rogers. Tenia ya la oreja cortada.

Como recompensa, el capitán comandante le anunció que en adelante formaría parte de la expedición, con su empleo de contramaestre que le había sido conservado. A la solicitud de Dampier debía Selkirk aquel nuevo favor.

En el mismo buque que Dampier, hizo una campaña de tres años, visitando las costas de Méjico, la California y la mayor parte de la América del Norte, después de lo cual, acompañando siempre á Dampier, y poseedor de una fortuna muy regular, volvió á entrar en Inglaterra, en donde divulgándose bien pronto la relación de sus aventuras, le valió las protecciones y amistades mas honoríficas. En el número de estas últimas debemos contar la de Steele, el colaborador y rival de Adisson, que le dedicó un largo capítulo en su publicación del *Tatler*.

Selkirk no dejó de hacer un viaje á Escocia; pasando por San Andrés, ¿podía acaso resistir al deseo de ver otra vez á su antigua *Ketty Pretty*? Volvió á sentarse enfrente del mostrador del *Salmon Real*. Al verse Selkirk y Catalina, experimentaron ambos simpáticamente un movimiento de penosa sorpresa. Esta, mas gruesa y basta que nunca, tocaba ya el límite extremo de su cuarta y última juventud; el solitario de Juan Fernandez, con su encanecido cabello y su curtida tez, no podía recordar á la respetable dueña del *Tippling-House*, al elegante piloto de la marina real, y mucho menos aun al estudiante pálido y rubio á quien diez y ocho años antes había sabido inspirar el primer amor.

—¿Sois vos? mi pobre *Sander*; le dijo con aire compungido. Os creía ya muerto.

—Debería estarlo ya hace mucho tiempo, *Ketty*. Pero ¿quién os dado noticias tan exactas acerca de mí?

—¡Ay! mi mismo marido.

—¿Con qué estais casada, Catalina?... tanto mejor.

—Tanto peor para mí, amigo mío. Porque podreis creer que ese pato silvestre ha sido bastante sagaz para engañarme doblemente. En primer lugar, diciéndome que habiais muerto.... Pero sabia bien el truhan que yo os profesaba cierta predilección y que si le habia escuchado alguna vez en materia de matrimonio, mis miras se dirigian á vos.

Selkirk hizo un movimiento que no percibió Catalina, y esta prosiguió:

—Su segunda supercheria fué el llegar aquí como un vencedor, entre las aclamaciones y abrazos de la chusma de la playa. Cualquiera hubiera creído que tenia en sus bolsillos las minas de la Guayana y del Perú. Nada me dijo en punto á intereses; pero yo le contemplé en mejor posición, y me casé porque pensaba que ya no estabais en este mundo. Hecha ya su jugada, me contó todo, su naufragio, y su completa ruina. ¡Ah! de qué buena gana le hubiera enviado con los demonios al infierno! Pero ya no era tiempo, y fué preciso que el *Salmon Real*, fundado por el honorable Andrés Felton, mi padre, proveyese á la subsistencia de ambos, y he aquí por qué, honrado señor Selkirk, me encontráis todavía presa en mi mostrador, maldiciendo á todos los capitanes que solo dan la vuelta al mundo para venir en seguida á engañar á unas pobres muchachas sin experiencia.

Selkirk no comprendió al pronto los lamentos de Catalina porque no la hizo mucho caso; pero fijando luego sus ideas sospechó que habian abusado de su nombre para cometer una infamia, y sin que todavía pudiera adquirir un convencimiento exacto, sentia fermentar en su pecho un odio ya inveterado.

—¿Quién es vuestro marido?... ¿Cuál es su nombre?... la preguntó en voz alta y con tono de autoridad.

—¿No os arrebatéis *Sander*!... no vayais á armar disputas.... Lo hecho está hecho; soy su muger, lo entendéis.... No hay que pensar ya en eso....

—¿Y quién piensa en semejante cosa?... os lo pregunto únicamente por conocerlo.

—¿Prometeis ser prudente?... Pues bien, miradle en esa segunda pieza, en el mismo sitio que solia ocupar antes. Acaba de servir cerveza á aquellos marinos, y bebe con ellos.... Es el que está de pie, y tiene puesto un delantal.

—¿Straddling?... gritó Selkirk con ojos centelleantes.... Pero al ver aquel delantal, y que su antiguo capitán se habia hecho francamente tabernero, se extinguieron de repente su rencor y sus proyectos de venganza.

Alejandro Selkirk volvió á Inglaterra en 1712, la

historia de su cautiverio en la isla de Juan Fernandez, la habian publicado los periódicos, y habian tambien aparecido muchas relaciones apócrifas, cuando en 1717, Daniel de Foe publicó su Robinson.

Es auténticamente el mismo personaje; pero en esta última version, la isla de Juan Fernandez, á pesar de la distancia y de la imposibilidad geográficas, se ha poblado de salvajes caribes; Marimonda tambien se ha transformado, y la historia se ha convertido en una novela, que se eleva á la altura de una obra filosófica.

Al hacer cumplida justicia al mérito del escritor, es preciso no obstante reconocer, que ha alterado completamente en el sentido moral, la fisonomía de su modelo. Robinson no es el hombre entregado al suplicio del aislamiento, tiene un compañero, y los salvajes hacen frecuentes irrupciones en su isla. Es el europeo desarrollando todos los recursos de su industria, para luchar simultáneamente con un terreno inculto, y con los peligros que le suscitan sus enemigos.

Selkirk no tuvo enemigos que rechazar, y habitó en una region fértil. Lo que le hacia falta especialmente, era la presencia del hombre, uno de esos afectos fraternales en que no queria creer. Sus padecimientos provenian de su misma soledad. En ella se engrandece y perfecciona Robinson; Selkirk, con tantos recursos como él en un principio, concluye por abatirse y embrutecerse.

¿Cuál de los dos se aproxima mas á la verdad?....

El uno no es mas que una brillante personalidad excepcional, porque en ninguna parte, ni aun en el rincón mas escondido del mundo se ha encontrado persona análoga al Robinson de Daniel; al otro, por el contrario, se le ha hallado en todas partes, denunciando la debilidad del individuo aislado; pero esa debilidad, aun en medio de una naturaleza pródiga, sino es la glorificación de un hombre, es algo mas, lo es de la sociedad entera.

A pesar de cuanto ha podido decirse, el solitario, es el hombre-bruto, el hombre-planta, es el hombre despojado de su aureola. «La soledad solo es dulce cerca de las grandes poblaciones.» (4) Por una admirable disposición de la Providencia, el ser aislado no es mas que un ser imperfecto; el hombre se completa por el hombre. A pesar de las máximas disolventes de una filosofía engañosa, mientras existimos en el estado de sociedad, todos, desde los mas grandes hasta los mas pequeños, le debemos la fuerza que nos anima y sostiene; Dios nos ha criado para vivir en ella y amarnos unos á otros, y por eso el egoismo es un vicio vergonzoso, un crimen.... Es la inobservancia de una de las grandes leyes de la naturaleza.

EL DILUVIO.

FRAGMENTOS.

4.º El cielo está encapotado con enormes masas de neblazcos nubarrones. Las aves lanzando siniestros graznidos, elevan su vuelo de las llanuras, y se dirigen á las cúspides de las mas empinadas sierras. Un sordo mugido sale del centro de los bosques, y el fiero leopardo, en desiguales saltos, trepa por los riscos y pasa al lado del inofensivo cervatillo olvidando sus instintos feroces. El leon con su compañera al lado, seguido de la pintada girafa se encamina con apresurados pasos hacia el lindero de un bosque de cedros: las ramas están encorvadas bajo el peso de una multitud de aves que tienen fija su mirada perspicaz en una informe mole de tablones y maderos. ¡Cosa extraña! El chacal descansa junto al inocente cordero: la serpiente, permanece enroscada é inmóvil al lado de la cándida paloma. ¡Cosa mas extraña aun! Entre todos aquellos animales, no hay mas que dos de cada especie.... El silencio es profundo....

2.º Los labradores huyen, abandonando sus aperos, á guarecerse en las ciudades. Los palacios de mármol iluminados con magnífica brillantez abrigan bajo sus dorados techos una multitud corrompida, ansiosa de placeres, que entona báquicos cantares en espléndido festín, y se burla con sacrilega risa de las evidentes señales de la cólera celeste. Las mugeres, ataviadas con deshonesto trage, con miradas ardientes y lascivas provocan los apetitos brutales del otro sexo, y todo respira vicio y la mas desenfrenada orgia....

3.º En este momento, una ráfaga de vivísima luz, rasga el firmamento, y á través de esta hendidura semejante al candente cráter de un volcan, el hombre justo descubrió la faz del Altísimo. Su potente diestra empuña la terrible espada de su justicia, y las cohortes de ángeles y querubines arrodillados en derredor del celeste trono guardan un triste silencio, cubiertos los rostros con sus alas doradas.

Moviéronse los divinos labios del Supremo juez: temblaron los mundos sobre sus ejes diamantinos: alzaron los muertos sus lividos semblantes incorporados en la fosa. Una voz recorrió los espacios y llegó al lindero del bosque de cedros. «¡Noé! ¡Noé! La hora de la justicia de Dios ha llegado: los hombres por sus pecados se han hecho indignos de su misericordia. Salvate....» Las aves posadas en el ramaje se precipitan con rápido vuelo por una de las ventanas del arca: los cuadrúpedos y reptiles se lanzan á la puerta abierta en una de los costados: Noé con su muger, sus hijos y las mugeres

(1) Bernardino de Saint Pierre. Séneca habia dicho: *Miseria et alternanda sunt solitudo et frequentia.*

de sus hijos, entra el último. La puerta se cierra con estrépito y solos quedan los cedros balanceando sus negras copas á los primeros impulsos del huracán.... Entre tanto, resuenan en el mundo los brindis y los impúdicos besos de las orgías y bacanales.... Cubriose la hendidura abierta en el firmamento para dar paso á la voz del Señor de cielos y tierra, y una profundísima oscuridad se esparció por todo el globo....

4.º La lluvia cae á torrentes: inmensos relámpagos cruzan en todas direcciones, y el trueno retumba en las concavidades de la tierra. A los alegres cantares, á los magníficos banquetes, han sucedido grandes clamores y pavorosos aullidos.... Las soberbias cúpulas de los templos de mármol han desaparecido en el seno de las aguas; los valles y llanuras están inundados y sobre la desigual superficie de este Océano incommensurable, sobrenadan inmensidad de cadáveres que chocan con violencia contra los barcos, único refugio de una pequeña fracción del género humano....

5.º Un punto negro se descubre en el horizonte. Es una última montaña; sus costados están cubiertos con una multitud de seres, que con desencajados ojos miran aterrados la destrucción universal. Un i menso buque se desliza sobre las aguas. Un grito prolongado, cuyo acento revela la desesperacion de los infelices guarecidos en la montaña, se esparce por los aires, mezclado con el ruido del huracán y el espantoso bramido de las olas. Piden auxilio; el buque misterioso impelido por una mano invisible, se pierde de vista....

Entretanto, las aguas ganan terreno con espantosa rapidez, y cada embate de una ola arrastra en la resaca nuevas víctimas. Aquí una esposa arrancada de los brazos de su esposo que lanza un aullido istérico al ver perecer ante sus ojos á la amada de su corazón: allí un niño que su madre aterrada ha dejado caer de sus brazos y que levantando sus inocentes manos pide con tierno llanto un socorro imposible; la madre desesperada se arroja á las olas, y bien pronto uno y otro desaparecen.... De repente se oye un espantoso rugido: la enorme montaña se bambolea, se abre por mil partes, y montañas, árboles, peñas, hombres y animales se derrumban, se precipitan.... Las olas parecieron retroceder á tan poderoso empuje, abren su húmedo seno, revuelven furiosas, y muy pronto el decreto de Dios queda ejecutado.... Todo ha desaparecido.... Solo el arca misteriosa sigue su curso.

6.º La tempestad ha cesado, las aguas se retiran, y un profundo silencio ha sucedido al estrépito de la tormenta y á los clamores de la naturaleza moribunda.... En el centro del Asia, sobre la cúspide del Ararat, descansa el buquesanto que ha salvado en su seno lo que el Supremo Hacedor en su inmensa sabiduría creyó justo salvar. La voz que recorrió los espacios antes del diluvio, se vuelve á oír; pero ya no es la misma su entonación. Antes era terrible, amenazadora; ahora es dulce, apacible. «¡Noé! ¡Noé! sal del arca, mi justicia se cumplió. Esparcidos, hombres y animales, por la superficie de la tierra; creced y multiplicaos. Yo soy vuestro Criador, que en señal de alianza y proteccion crearé un arco, para que el hombre no tema otro diluvio.... Aun habrá otro; pero será de sangre, y que redimirá vuestros pecados, pues morirá un inocente en espacion de vuestras faltas.» Calló la voz, oyóse un profundo gemido; cubrióse el Eterno Padre con su manto celestial, cobijando en él á su hijo.... El Espiritu Santo estendió sus alas, y entre los tres se celebró un misterio incomprensible....

7.º Noé salió del arca con su familia; los animales fuéronse de dos en dos conforme habian venido, y un inmenso Hossanna resonó en los cielos y tierra al asomarse los primeros rayos de un sol primaveral.

J. M. GOIZUETA.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

JUAN DE LA ENCINA.

Cuentan nuestros anales literarios que hallándose en Roma por casualidad el sacerdote español *don Bartolomé de Torres Naharro*, en tiempo en que las costumbres de los habitantes habian llegado al último grado de corrupcion y desenfreno, justamente escandalizado el buen presbítero, concibió el proyecto de moderar con el ridículo semejantes abusos, para lo cual, y usando de la inmunidad que le ofrecia la circunstancia de ser uno de los protegidos del general *Fabricio Colona*, cierta noche en que la tertulia de este elevado personaje se encontraba concurrida cual nunca por lo mas notable entre los libertinos y libertinas de la corte de *Leon X*, nuestro bizarro compatriota llevando de vanguardia la franqueza poco galante que le era característica, solicitó permiso para entretener por algunas horas la atencion del escogido auditorio. Obtenido este y secundado por varios amigos tan osadamente satíricos como nuestro presbítero, leyó, ó mas bien representó una farsa original de su ingenio picante é incisivo, en que los vicios de la antigua señora del mundo aparecian sin ninguna reserva con toda su repugnante y grosera desnudez. El motejado público en vez de tomarlo por donde quemaba, lo tomó por donde divertia y la farsa (cosa rara) se escuchó con general aplauso.

He ahí el hecho que segun la opinion de algunos autores, sirvió de principal fundamento á nuestro teatro. Respetando nosotros lo que tengan de infalibles tan

sabias opiniones, nos atreveremos á decir, que si bien Naharro precedió á Juan de la Encina en casi medio siglo de tiempo, no por eso deben atribuirse á aquel exclusivamente los honores de la primacia de nuestra escena, toda vez que ninguna de sus farsas fué tan decorosa y ajustada, que llegase á representarse jamás ante un auditorio medianamente civilizado y pundonoroso. Las farsas de Naharro, difícilmente pudieron servir de cimiento á la escena española, cuando ni aun llegaron á conocerse en nuestra patria hasta el año de 1520, en que fué hecha la primera edición de la *Pro-paladia* en Sevilla, y por aquel tiempo ya se había dado á conocer de una manera ventajosísima, el que, en nuestro humilde concepto debe reputarse como el primer poeta cómico de España.

Juan de la Encina nació en Salamanca por los años de 1470, recibiendo los primeros estudios en la entonces ya célebre universidad de su patria. Continuador de Naharro, ó fundador de la verdadera comedia, fué (y en esto no cabe la menor duda) el primero que introdujo alguna dignidad y concierto en las obras dramáticas. Tuvo gran afición á la música, y la cultivó con tanto éxito, que cuando mas tarde, cediendo á la moda de su tiempo, se dirigió á Roma por el puro placer de visitar la ciudad eterna, logró la plaza de maestro de capilla de la iglesia pontifical contra un crecido número de opositores. Sus principales comedias fueron publicadas en Salamanca con el título de *Cancionero* en los años de 1496 y 1509: en Sevilla en 1501: en Burgos 1505 y en Zaragoza 1512 y 1516. El *Cancionero* se componía de doce dramas que aunque irregulares en su forma, no carecían ni de interés ni de mérito; el autor les dá el nombre modesto de *églogas*. En 1524 publicó en Roma su peregrinación á Jerusalén en un poema en verso suelto titulado *Tribajia*. Escribió también una farsa con el título de *Plácida é Victorino*, que dió á la estampa en Roma el año 1514. Esta composición fué celebrada con grande estremo por las picantes gracias que contenía y por sus muchísimos donaires; pero habiendo llegado á poder del santo oficio, que á la sazón ejercía un ilimitado dominio, hasta en literatura dramática fué calificada como perniciosa y se prohibió su circulación con graves penas. Juan de la Encina regresó ya viejo á Salamanca, en donde murió el año de 1534. El erudito y apreciable bibliófilo Gallardo inserta en su *Crilicon* una comedia de este poeta, desconocida hasta nuestros días.

Aunque la época de Juan de la Encina no fué de las mas brillantes en los fastos literarios de España, cuenta sin embargo, muchos títulos de consideración y merecimiento para todos los amantes de la dramática, como que sobre ella y sobre sus farsas greco-romanas está edificado el teatro moderno, que mas tarde perfeccionaron con mejor ó peor fortuna Naharro, Lope de Rueda, Alonso de la Vega, Cervantes, Guillen de Castro, Lope de Vega, Calderon, Moreto, Alarcon, Tirso de Molina, Luzan, Moratin, Gorostiza, Breton, y Ventura de la Vega.

F. SEPULVEDA.

EL TIROL.

El Tirol es una de las comarcas mas notables de la Alemania, y forma parte del imperio de Austria. La naturaleza de su suelo, que se aproxima mucho al de la Suiza, no le hace menos célebre que la franqueza, el valor y el patriotismo de sus habitantes. El Tirol com-

prendiendo en él al Vorarlberg, está limitado por la Baviera, el Austria, la Iliria, el reino Lombardo veneto, la Suiza y el lago de Constanza. Su superficie es de quinientas diez y seis millas cuadradas, y su población, de setecientos sesenta y dos mil quinientos habitantes. Se comprende en todo lo mencionado veinte y dos ciudades, treinta y seis villas, y tres mil ciento cincuenta aldeas; la sexta parte de la superficie total del Tirol está ocupada por montañas, que pueden considerarse como ramificaciones de las de Suiza. Con efecto, ofrecen al observador viajero, picos no menos elevados, igualmente cubiertos de nieves eternas y separados los unos de los otros por espantosos precipicios donde van á sumergirse mugiendo, imponentes cataratas. El aspecto de estas montañas es muy severo y muy grandioso, y únicamente falta para sostener cumplidamente la

que se apaga la vida enteramente en medio de nieves y hielos, que jamás ha derretido el sol. Los ventisqueros atraviesan el país desde los manantiales del Adige hasta el valle de Zuer.

Dejando el Tirol para penetrar en el reino de Iliria, y en el Salzbourg donde el Gross-Glochner se eleva como una inmensa muralla á una altura de 43,754 pies entre el Tirol, el Salzbourg y la Carinthia, los Alpes prolongan sus ramificaciones bajo las denominaciones de *Alpes Nóricos* y *Cárnicos*. Además de estos Alpes elevados, posee el Tirol montañas menos empinadas y mas fértiles llamadas *Mitterbuges*, que rodean la cadena de los Alpes y encierran hermosos valles. Estas grandes masas de montañas dan nacimiento á muchos rios caudalosos: al Lech que tiene su origen en el Vorarlberg, al Adige, al Eisac, al Isar, al Sill, al Drave, al Sarce y al Brenta. El Inn que rie-

ga también el Tirol tiene su origen en Suiza, y el Rhin no hace mas que bañar los límites del Vorarlberg. El clima del Tirol varia considerablemente segun las localidades, y así en los valles de la parte septentrional, el aire es siempre vivo y dañoso, hasta en verano, y el invierno prolongado y rigoroso, al paso que en las comarcas mas meridionales en los valles de los Alpes de Trento, los colores son algunas veces tan sofocantes en verano que los habitantes se ven obligados á buscar en esta estación habitaciones menos expuestas á los ardores del sol. El viento de *si-roco*, que se llama en el país *foen*, produce allí efectos notables; debilita el cuerpo, precipita la sangre á la cabeza, y determina con frecuencia violentos vómitos. A fines del verano ó en el otoño, este viento derrite las nieves con tal prontitud que se hinchán los torrentes, se desbordan y producen los mayores estragos. Como el país está casi enteramente cubierto de montañas y de rocas, que no son susceptibles de cultivo, y como el terreno de los valles descansa sobre una base granítica, y conviene mejor para pastos que para recibir semillas, los habitantes del Tirol no logran hacer crecer el trigo mas que á duras penas; las recolecciones son nunca bastante para satisfacer las exigencias de la población.

También se entregan á la cultura del linó, y se recolecta mucho tabaco en los distritos que aviecinan con

Italia. El vino es la principal producción de los valles del Adige, y se esportan anualmente para Italia treinta mil pipas; pero no puede conservarse mucho tiempo. Los frutos son deliciosos: las manzanas de Adige se esportan para conducir las á grandes distancias, y las de Meren se envían hasta á Rusia. La ciruela constituye también una parte muy importante de esta esportación. Los frutos mas delicados, tales como las granadas, las naranjas, las almendras etc., maduran en la parte meridional. Además la educación de los animales de asta, como los carneros, las cabras, y la de los gusanos de seda, ocupa fructuosamente un gran número de habitantes; el país por otra parte, abunda en caza de monte y volateria.

Aquellas altas montañas que la vista apercibe por todas partes, contienen oro, plata, cobre, plomo, salamina, que es muy estimada, mármoles, alabastrinos, aguas minerales y termales, y por eso la explotación de las minas ocupa muchos brazos.

Con respecto á la industria manufacturera propia del Tirol, es preciso colocar en primera linea la fabricación de la sedería, que tiene su asiento principal en Robere-do; y en las cercanías de Stubay hay talleres de quincalla. En el Pustertal, el Vintschgau y el valle del Adige, se entregan con especialidad á la fabricación de los cueros y de las telas, existiendo también las manufacturas de muselina, de algodones, de paños y de tabaco.



Vista de Inspruck.

comparacion, los magníficos lagos que todos los curiosos van á admirar á la Suiza.

La cordillera de montañas graníticas y calcáreas, que circuye el Tirol desde Oeste á Este, es una sucesion de Alpes bastante empinados. Como el San Gotardo en Suiza, el Brenner en el Tirol constituye el grande grupo de montañas mas importante, sin ser, no obstante, el mas elevado, pues no tiene mas que seis mil trescientos sesenta pies encima del nivel del mar. Los picos mas empinados se hallan en el valle de Oetz, y sobre las fronteras del Oeste; la Orteles, ó la Aguila de Ortel, es la montaña mas alta de la Alemania, y hasta de Europa, pues es muy poca la diferencia que existe entre esta montaña y el Monte Blanco. Su cima está á 44,416 pies, segun unos, y segun otros, á 42,200 pies por encima del nivel del mar. La subió por primera vez, en 1804, un cazador de gamos llamado José Pichler, el cual no pudo permanecer allí con sus compañeros mas que cuatro minutos. La mayor parte de las montañas circunvecinas están cubiertas de nieves, tan antiguas como la base sobre que descansan. Los Alpes de Oetz son casi tan elevados como los de Orteles, pero poco conocidos; y aun cuando las montañas que cercan los valles ocultan sus cabezas entre las nubes, están mucho mas bajas del nivel del mar. Las señales de la vegetacion van desapareciendo á medida que se adelanta en estos lugares, hasta que al fin, en las cercanías del gran ventisquero, que domina el Inn al Norte y el Adige al Sud, parece

La situación del Tirol entre la Alemania y la Italia y las ventajas de un magnífico camino, único al través de los Alpes, y de otros muchos que aparecen en diferentes sentidos hacen al Tirol el centro de la actividad comercial entre estos dos países. La bella calzada que atraviesa el Brenner, tiene 4.376 pies de altura.

El habitante del Tirol se entrega con inteligencia á sus negocios comerciales, y particularmente á la compra y venta de los frutos y al ejercicio de los grabados, y por eso vemos continuamente de treinta á cuarenta mil tiroleños recorriendo los diferentes países de Europa, procurando reunir un corto peculio con sus estampas iluminadas. La mayor parte de la población es de origen alemán, y solo en las partes que avicinan con la Italia se encuentran habitantes de origen italiano; se puede evaluar su número, de ciento cincuenta á ciento sesenta mil; la religión católica es la religión dominante.

El tirolés, es alegre de carácter, y tiene penetración; y la buena fé y la franqueza, aparecen pintadas en su fisonomía. Se distingue mucho por su patriotismo y su fidelidad á la dinastía que le gobierna; pero el habitante del Norte, se diferencia mucho del de Mediodía. Este último, es mas sóbrio, mas piadoso, menos supersticioso; pero tambien menos franco que el de las comarcas septentrionales; mas la pasión por la caza, pertenece á los dos. Desde su infancia, se ejercita el tirolés en el manejo de la escopeta y en tirar al blanco. Los antiguos privilegios y franquicias del Tirol, se han sancionado por una constitución nueva en 1846; los estados del país se dividen en cuatro clases: el clero, la nobleza, el estado medio y la plebe; allí no hay quintas ni aduanas; y el Vorarlberg, aun cuando sometido á la misma administración que el Tirol, tiene sus privilegios y sus estados particulares. Las rentas públicas ascienden á dos millones y medio de florines. El Tirol, á causa de sus desfiladeros difíciles de atravesar, y del espíritu belicoso de sus habitantes, se considera como el principal baluarte del Austria; su principal plaza fuerte es Zofotein. El gobierno reside en Inspruck, y todo el territorio, comprendiendo en él el Vorarlberg, está dividido en siete círculos.

En los tiempos remotos, el Tirol estaba habitado por tribus célticas ó galas, de las cuales las mas conocidas son las de los recios: fué sometido bajo el reinado de Augusto; pero no sin tener que vencer grandes dificultades. Los vencedores introdujeron allí la práctica y las nociones de agricultura. La decadencia del poder romano atrajo la ruina de estas comarcas, que llegaron á ser el teatro de la guerra entre los pueblos que defendieron á Roma y los que la atacaron. Estos países fueron devastados sucesivamente por los marcomanos, los alemani, los godos, y especialmente por los hunnos bajo el mando de Atila. Despues de la caída del imperio de Occidente, el Tirol cayó en poder de los godos, y estos habiendo sucumbido á su vez, la parte meridional del Tirol quedó sometida á los lombardos, y

de la monarquía de los francos, fueron sus vasallos; sin embargo, algunas familias poderosas se supieron sostener, distinguiéndose con especialidad entre ellas, la de los condes de Andeches. El emperador Federico I dió el Tirol en feudo á un conde de esta casa, Bertoldo IV,

abandonado una de sus manos á su joven amigo, que la besaba á intervalos con el transporte de un amante que vuelve á ver á su querida tras una larga ausencia.

Los dos estaban profundamente conmovidos, y en



Vista del Tirol tomada en el valle de Meran.

despues que el duque de Baviera, Enrique el Leon, fué puesto al mando del imperio. Bertoldo fué el príncipe del país: estableció su residencia en Meran y tomó el título de duque de esta localidad. Desde el siglo XII los poderosos condes del Tirol comienzan á figurar en la historia: habitaban el palacio ó castillo de Terioli edificado sobre una elevada montaña; uno de ellos llamado Enrique, no dejó mas que una hija, la célebre Margarita Maultasche que en 1359 vendió sus posesiones del Tirol á sus primos los duques de Austria. La paz de Presbourg, celebrada en 1805, le reunió temporalmente á la Baviera, y la insurrección que estalló en el Tirol en 1809, y en la cual el célebre Hofer adquirió una gloria inmortal, es demasiado conocida para que sea necesario hacer mención de ella. En 1814, el país, reconquistado por las armas austriacas, volvió á entrar bajo la dominación de su legítimo soberano.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

CAPITULO XVI.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

Si quieres el placer busca la muerte.

El árbol de la fé tiene sus flores,
Y si una vez la duda las marchita,
Una lágrima fiel las resucita
Y exhalan un olor mas virginal.

Si duerme el sol, despertará la noche,
Toldo benigno del ardiente día,
Virgen que aplaca el llanto y la agonía
Y nos tiende en el lecho á suspirar.
(Abigail, Lozano.)

Momentos despues, Adela y Enrique se encontraban en aquel mismo gabinete, donde los sorprendió don Luis la noche anterior.

Adela reclinada en un extremo del camapé, habia

la vaguedad de sus miradas, en la espresion, ora apacible, ora inquieta de su semblante, en las fugitivas lágrimas que se desprendían de sus ojos cada vez que intentaban hablar é interrogarse, se leía la felicidad que rebosaba en sus corazones; felicidad que se traducía en suspiros, en miradas de inefable ternura, en gotas de llanto, en la tierna presión de sus dos manos, que trémulas al tocarse, comunicaban un ligero estremecimiento á todo su cuerpo y agolpaban la sangre á sus mejillas, como si la hoguera escondida hasta entonces en el fondo de su alma, quisiera escaparse, condensada en rayos de amor, por sus húmedas pupilas y entreabiertos labios.

Anonadados bajo el peso de su dicha, permanecieron así algunos instantes sin que el exceso de la alegría les permitiese formular sus pensamientos, ni hacerse cargo de lo que se preguntaban ni de lo que respondían ¡Estaban locos!

Aquel placer era demasiado intenso para que pudiese durar mucho: Adela, abrumada por tantas y tan diversas emociones, dejó caer lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Enrique, diciéndole con voz tan tierna como el ruego de una joven madre á su primer hijo, cuando anhela hacerle pronunciar las palabras que le enseña:

—Cuéntame, cuéntame, Enrique mío, como te salvaste; cuéntame ese doble milagro en que tan visiblemente se trasluce la intercesión de la bondad divina.

—Mi salvación es en efecto milagrosa, contestó el interpelado, y ahora que soy feliz, completamente feliz, veo en ella, como tú, la oculta mano de la Providencia, que descendió hasta mí, cuando mas dudaba de su paternal misericordia. Oye.

Incorporóse Adela, se desvió un poco, clavó sus bellos ojos en los de su amante, apoyó el brazo en el almohadon del camapé y la sien en la palma de la mano, provocando á Enrique con una graciosa sonrisa y un gesto de impaciencia, á que satisficiera su curiosidad cuanto antes.

—Oye, repitió Enrique, besando por la milésima vez la preciosa mano que tenia cogida; oye, luz de mis ojos, y perdona mi extravío, porque tú sola tienes la culpa.



Vendimiador tirolés.

la parte septentrional á los boyos ó bogaros (bávaros). Despues, los francos se apoderaron del Tirol le dividieron en cantones, y establecieron condes para que los gobernasen, y así que terminó la raza carlovingia, los duques de Baviera tomaron posesión del Tirol. Los condes que se habian establecido allí durante los desórdenes

Adela tornó á sonreírse, y el jóven acercándose mas á ella, prosiguió de esta manera:

—Poco despues que me separé de tí, vino tu esposo á desafiarme...

—Y tú no aceptaste... lo sé, adelante.

—Pero le prometí darle una satisfaccion que no le dejase la menor duda acerca de tu inocencia.

—¿Y para eso, ingrato, nada te pareció mas oportuno que suicidarte á su vista?...

—Apenas nos encontramos solos en el fondo del bosque, y hubiese leído tu carta y la mia.

—Las dos están en mi poder, repitió Adela con profunda tristeza; ¡pobre Larteman!

—No era digno de ser tu esposo, ángelmio; pero ya su memoria no me irrita ni puede inspirarme celos.

¡Dios le haya perdonado, como yo le perdono!

—Siguió una corta pausa y Enrique continuó:

—Como habíamos convenido, nos internamos en la selva y nos detuvimos casualmente cerca de las Grutas de los duendes.

Mientras tu marido leía las dos cartas que puse en sus manos, yo con los brazos cruzados esperaba que concluyese su lectura, para levantarme en seguida la tapa de los sesos.

La única idea que me preocupaba era que el estrépito de mis pistolas pudiese hacer creer á sus domésticos que nos habíamos batido, y tal vez que don Luis me había muerto á traición.

Por tí lo sentía únicamente, y ponía en tortura mi pensamiento para encontrar un medio que surtiese el efecto apetecido, sin comprometerle. La casualidad, el destino, la Providencia vino en mi ayuda. Cuando Larteman llegaba al último párrafo de la segunda carta, oímos muy cerca de nosotros un lúgubre alarido, que nos sobrecogió al pronto, haciéndonos comprender que alguna fiera herida ó hambrienta nos seguía el rastro.

Larteman, pálido y demudado, quiso huir, pero yo, que me sentí iluminado por una idea verdaderamente diabólica, aproveché aquella ocasion para realizar sin peligro mi propósito. Le cogí de un brazo, y le llevé poco menos que á la fuerza hacia el parage de donde parecía venir el ruido.

Llegamos á la boca de una de las grutas donde se albergaba la fiera, y á pesar de los ruegos de don Luis, y del terror involuntario que me iba dominando, al estremo de ofuscar mi razon, separé de golpe el espeso ramaje que defendía la entrada de la gruta, y me precipité en ella con los ojos cerrados.

Al separar el lóbrego enramado, merced al rayo de luz que penetró como un relámpago por la estrecha hendidura, había visto á un enorme tigre que tendido en el fondo de la cueva, y rodeado de restos humanos, rugía furioso y clavaba en mi sus órbitas de fuego, cuyo sulfúreo resplandor me penetraba hasta la médula de los huesos.

Entonces no sé que súbita revolucion se efectuó en mi interior: di algunos pasos hacia el tigre; pero como si una mano invisible me arrastrase por el cuello de la chaqueta, retrocedí instintivamente, me adelanté de nuevo, y volví á retroceder; hice un postrer esfuerzo, y otra vez retrocedí espantado, y fui á caer en un ángulo de la gruta.

¡Ah! el instinto de la vida se despertaba en mí, violento é irresistible! La carne triunfaba del espíritu; y á pesar de mis deseos, al mirar la muerte frente á frente, temblaba y huía de ella; como la altanera ola que crece en vigor y furia, á medida que se adelanta, y al chocar contra el muro que pensó salvar victoriosa, pierde su brío, se parte en mil pedazos, y retrocede humillada á confundirse con sus iguales.

Yo era una ola del océano de la humanidad, que pretendía salvar los linderos de la vida sobreponiéndome al vulgo de los hombres: llegué hasta las puertas de la eternidad, y... ¡tuve miedo!... retrocedí como pudiera hacerlo el mas débil y pusilánime de mis semejantes!

Para mayor desgracia, aunque confuso, conservaba todavía un destello de razon. Coalugada la sangre en mis venas, privado de voz y movimiento, bañado en un sudor frio, quería ¡pobre de mí! levantarme y arrojar-me en la boca del tigre; pero ¡ay! en vano... mis miembros entorpecidos se negaban á obedecer á mi voluntad.

¡Oh! aquellos terribles momentos de agonía, nunca se borrarán de mi memoria; yo veía la muerte allí, á pocos pasos; sentía al tigre arrastrarse penosamente por el suelo, clavando sus garras en la tierra y ensañarse con los descarnados huesos que le rodeaban. Le vi llegar á tan breve distancia, que su abrasado aliento me quemaba el rostro, y sus roncós y pavorosos ahullidos convulsionaban todo mi ser, penetrando como flechas en mi corazón! El alma quería escapárseme del pecho, y no podía moverme para huir ó poner término á tan lenta y horrorosa agonía!

En aquella desesperada lucha perdí el conocimiento, y cuando volví en mí, los primeros vislumbres del alba empezaban á penetrar confusamente por el ramaje de la gruta.

Me levanté, y antes que pudiese coordinar mis ideas, anhelando aire y luz, corrí hacia el punto por donde penetraba esta con ánimo de salir.

Pero no bien anduve tres ó cuatro pasos tropecé con un cuerpo ceroso y resbaladizo, y caí de bruces sobre un charco de sangre todavía caliente.

Lancé un grito de horror, y la memoria del tigre asaltóme de repente, dejándome otra vez inmóvil.

Creí que dormía y que le habría despertado...

Al cabo de un buen rato, viendo que no se movía y que reinaba en la gruta un silencio sepulcral, me aventuré á levantarme y separé las ramas que impedían la comunicacion de la luz.

Paseé una mirada indagadora y recelosa á mi alrededor, y vi á la fiera tendida en una posicion que me tranquilizó del todo, porque indicaba que felizmente había pasado á mejor vida.

—¡Dios le tenga en su gloria! murmuró Adela, que escuchaba embelesada la interesante narracion de su amante.

—O en el infierno, si es que los animales tambien espian allí sus culpas, contestó Enrique en el mismo tono.

—Prosigue, desagradecido.

—Prosigo, alma caritativa... hasta con los tigres...

Esta ligera interrupcion dió márgen á que el jóven llevase otra vez á sus labios la blanca mano que tenía cogida y diese otro giro á su discurso; pero Adela le trajo á la cuestion, negándose paladinamente á responderle mientras no terminase el relato de su original y extraña aventura.

—Rompi y entrelacé algunas ramas para que continuase penetrando la claridad del día,—prosiguió Enrique—y me aproximé á examinar al tigre de cerca.

¡Singular coincidencia! rara casualidad, que demostraría al mas incrédulo la misteriosa intervencion de un ser, que eslabona los acontecimientos y sabe convertirlos en provecho nuestro, confundiendo todos los cálculos y combinaciones humanas. Instrumentos ciegos de su soberana inteligencia, obramos y marchamos al fin que nos proponemos, llenos de confianza y orgullo, creyendo realizar impune é irremisiblemente nuestros locos intentos. El resultado nos patentiza la pequeñez de nuestros esfuerzos, lo limitado de nuestros juicios, la ligereza é injusticia de nuestras quejas. Acusamos de nuestros infortunios, verdaderos ó supuestos, á una Providencia á quien no comprendemos ni podremos comprender nunca; y los hechos, mas elocuentes que todos los sofismas de la razon, nos patentizan con harta frecuencia que ella vela por el destino de sus criaturas, y que cuando lo quiere, cambia en ventura el dolor, en triaca el veneno, en corona el dogal con que nosotros ¡miserables! pretendemos dejar burlados sus inescrutables designios!

Aquel tigre era el mismo que me había acometido la noche anterior, y á quien yo, sin saberlo, había herido mortalmente en la cabeza, dejándole incrustada en la mitad del cráneo la hoja de mi facon, que encontré en el suelo entre el charco de sangre de que te hablé antes.

Siéntiéndose herido de muerte, se había refugiado á aquella gruta, y los esfuerzos que hizo para acercarse á mí desprendieron sin duda el hierro de la herida, y le ocasionaron una hemorragia de la que murió en el acto.

No quiero, ni aunque quisiera podría decirte lo que sentí entonces, pero tú sabes, Adela, que el sentimiento religioso es sincero y vehemente en mí, como en todos los desgraciados. Salí de la gruta con el corazón hecho pedazos, y para no desistir de mi propósito, rechacé con toda la ceguedad de la desesperacion la idea de que el ser que había realizado aquel milagro en mi favor, no podía querer que viviese para ser eternamente desgraciado.

¡No! es preciso morir, me dije; seria un cobarde si no cumpliese mi palabra.

La fiebre me devoraba, y fuese efecto de mis padecimientos anteriores, ó de la falta de alimento; ya de la caída del caballo, ó ya de los sucesos á que dió márgen nuestra entrevista; ó bien de la terrible agonía que experimenté en aquel antro infernal, ó lo que parece mas probable, de todas estas causas reunidas, encontrábame tan débil que apenas podía tenerme en pie.

Busqué mis armas, y no hallándolas, me dejé caer en el suelo abatido y desesperado. Probablemente alguno de los cazadores habia pasado por allí y las habría recogido: ó quizá alguno de los muchos malhechores que se albergan en el bosque me habría hecho este flaco servicio.

Este contratiempo, lejos de entibiar mi ardor, lo acrecentó: mi amor propio irritado, me aguijoneaba á borrar con un rasgo de entereza mi pasada cobardía. Quería rehabilitarme á mis propios ojos.

Me puse á pensar friamente en los medios mas fáciles y seguros de matarme, y entre varios á cual mas estrávagante, recordé con feroz alegría que á poca distancia de allí el río formaba una especie de salto, cuyo fondo se componia de aceradas rocas y agudos peder-nales.

Sacando fuerzas de flaqueza, llegué poco á poco á aquel parage, y cuando me encontré en la cumbre que dominaba el bosque y la llanura, tuve que sentarme para cobrar aliento, á fin de poder bajar en seguida hasta la falda de la roca inmediata, por donde se precipitaban las aguas en furioso torbellino.

Era un espectáculo sublime: el sol trepaba lentamente por el horizonte, y vertía á raudales su lumbré diáfana y rutilante sobre los campos, sobre los rebños, sobre los árboles y las praderas cubiertas de flores; sobre el río que ondeaba, encajonado entre sus verdes riberas, como la cauda blanquecina de un cometa en el oscuro azul del firmamento. El aura de la mañana, me traía con los trinos de las ave-cillas, las suaves emanaciones que se desprendían del fondo de la selva, al balancear y entreabrir sus millares de copas, disputándose los primeros besos del sol, y estremeciéndose de placer, al sentir resbalar por sus hojas los rayos de su fecunda luz.

Aquel ambiente perfumado secaba el sudor de mi abrasada sien, y adormecía el tumultuoso hervir de mis descabellados pensamientos. Caí de rodillas, é imploré por vez última la misericordia de Dios; rogué por tí, y por mi buena y querida madre; os pedí á las dos perdón por mi locura, y pensando en tí y en ella, me adelanté, contentiendo mis lágrimas, hasta el borde del abismo.

En aquel momento supremo, tendí los ojos por el magnífico panorama que se descorría á mis pies, miré al cielo, y... ¡Dios me tocó en el corazón!... El llanto, contenido hasta entonces, se escapó de mis párpados, y dió paso al torrente de hiel que me corroía el alma y nublaba mi razon. Yo no sé que profundo bienestar indecible se derramó en todo mi ser: no sé que vago y misterioso presentimiento sacudió hasta la fibra mas recóndita de mi pecho, y me hizo permanecer inmóvil en el borde de la roca, suspenso entre la vida y la muerte, esperando algo que quería y no acertaba á comprender.

La naturaleza entera se identificaba con el estado de mi espíritu. ¡Vive! me decía el sol, infiltrándose por mis cabellos, y reanimando con su calor vivificante mi aterido pensamiento: ¡vive! murmuraban los árboles y las flores, enviándome sus perfumes con un murmullo tan dulce y melancólico, que me parecía, Adela, escuchar tu voz angélica: ¡vive! repetían los pajarillos revolando á mi alrededor y encantando mis oídos con la melodía de sus gorgeos, que nunca me parecieron tan armoniosos y gratos; y hasta la estruendosa catarata, con su solemne, aterrador mugido, parecía tambien decirme, descorriendo su inmensa sábana argentina, pura y blanca, como la pura y blanca página que aun me reservaba el destino: ¡vive! ¡vive! el mundo es vasto, grande el porvenir, y la bondad de tu Hacedor ilimitada!

—¡Ah! ¡cuán bien hiciste en escuchar esa voz, que no era otra que la voz de tu corazón! exclamó Adela, oprimiendo enternecida entre sus manos el pálido rostro de su amante.

—Si, la escuché, porque sentía dentro de mí algo que no alcanzaba á explicarme, pero que me prestaba fuerzas suficientes para sobreponerme al infortunio. Puesto que me creen muerto, reflexioné, espatriándome para siempre de estas regiones, y mudando de nombre, habré conseguido mi objeto. Persuadidos de que he muerto, don Luis vivirá tranquilo, y Adela se resignará con su suerte, mientras yo llevaré á otros climas la satisfaccion de haber hecho por ella, obedeciéndola sin que lo sepa, cuanto puede hacer el mas sumiso y leal amante.

Bajé de la roca, y me encaminé al rancho (1) de un pobre leñador que distaba unos quinientos pasos.

Apoyándome en un pedazo de tacuara (2) que el río había arrojado á la orilla, y descansando de trecho en trecho, pude llegar á bastante distancia, para que los perros que custodiaban aquel solitario albergue, anunciaran con sus ladridos mi aproximacion.

A los desentona-dos clamores de su jauria, cuya actitud hostil empezaba á infundirme serios temores, salió del rancho el leñador, aquietó la furia de sus lebreles, y viendo el estado de abatimiento y debilidad en que me encontraba, corrió hacia mí, ofreciéndome con la cordial franqueza de nuestros campesinos, su humilde morada y cuanto en ella había.

Me apoyé en su brazo, y entramos en el rancho.

—Vd. tendrá hambre, me dijo aquel buen hombre ayudando á sentarme sobre un cráneo de caballo.

—Mucha, le contesté, porque hace cerca de tres días que no paso bocado.

—Pues eche un trago de aguardiente, mientras le preparo un hervido (3) añadió, buscando entre la paja de la techumbre y presentándome una botellita que contenia como medio cuartillo de aquel líquido, y que yo me apresuré á llevar á los labios.

—Desgraciadamente, prosiguió el leñador, no tengo ni miel, ni tortas, ni flores de maíz, ni nada!... por que ese demonio de tigre cebado, que en medio de tantos desastres, nos ha hecho el favor de firmarle con sus uñas el pasaporte para el otro mundo á ese despota de Larteman...

—¿Qué dices? exclamé dejando caer la botella y poniéndome velozmente en pie, trémulo y suspenso de la respuesta que aguardaba, como si de ella dependiese mi salvacion ó condenacion eterna.

—¡Pues qué! ¿lo ignoras?...

—Si, ¡habla, habla!...

—Brutazo como era y por meterse á farolero cometió la torpeza inaudita de enlazar al tigre antes que su compañero...

—Y bien, ¿qué sucedió?... acaba!

—El tigre recogió el lazo, y se le echó encima.

—Pero... ¿nadie acudió en su ayuda?

—No fué posible; la fiera le abrió en canal, y cuando acudieron ya era alma de la otra vida.

Tambien la alegría mata, Adela; la que yo sentí, al saber el triste fin de tu esposo, fué tan grande é intensa que no me permitió reflexionar tan egoísta y poco generosa era... ya eras libre... ¡ya no había en la tierra ni en el cielo quien se opusiera á nuestra ventura!...

¡Ah! mi destrozado corazón, mi pobre cabeza no estaban preparados para tamaña dicha! La sangre hirviéndose me agolpó al cerebro, cerré los ojos, incliné la cabeza sobre el pecho, vacilaron mis rodillas, y caí en tierra desmayado.

Aquella fatal, no, mil veces feliz nueva, al devolver-

(1) Choza.

(2) Caña maciza.

(3) Carne cocida con agua.

me por un instante todo el vigor que había perdido, produjo en mi nerviosa naturaleza el mismo efecto que un tónico demasiado fuerte, al enfermo harto débil para resistir al exceso de vitalidad que arroja en su gastada organización.

Preso de un delirio espantoso, luché dos días con la fiebre, y sabe Dios lo que hubiera sido de mí, si el buen leñador, compadecido de mi lastimoso estado, no hubiese traído a un indio su compadre, afamado *curandero* de estos alrededores, que al cabo de cinco días me devolvió la razón y la salud con un brevaie verdaderamente maravilloso, compuesto de yerbas silvestres, cuya eficaz virtud él solo conoce.

Ayer me levanté de la cama, y sintiéndome esta tarde con fuerzas suficientes para montar a caballo, me apresuré a venir á abrazarte, no á desvanecer el error en que estabas acerca de mi muerte, porque suponía que habiendo fallecido don Luis, mi carta no habría llegado á tus manos. El indio me sirvió de guía.

Al entregar nuestros caballos al negrillo que encontramos en la puerta de la estancia, le pregunté por tí y me dijo que estabas en la capilla, porque acostumbrabas rezar todos los días á esa hora. Crucé el patio, entré, y....

—Allí te reconocí, repitió Adela interrumpiéndole; allí te abracé creyendo que salías de la tumba evocado por mi insensata oración; allí al pie de la cruz, volvímos á encontrarnos puros y sin mancha, como el primer día que nos conocimos. Ya lo ves, Enrique, *el hombre propone, y Dios dispone*. Cuando tú y yo implorábamos la muerte como el término de nuestros males, la esperanza nos abre sus brazos y un porvenir de eterna ventura nos sonríe....

Los dos amantes continuaron hablando hasta muy entrada la noche. Al día siguiente, Artames, cediendo á los deseos de su adorada, se despedía de ella mas enamorado que nunca: iba á Buenos-Aires desterrado por algunos meses, con la orden de recibirse de abogado en el término de un año. Adela lo exigió, y por mas protestas y razones que alegó el quejumbroso galán para acompañarla á Santa-Fé y aplazar la terminación de su carrera para dos ó tres años despues, no tuvo mas remedio que conformarse con aquel acto de atroz despotismo y escandaloso abuso del poder.... de la belleza y el amor, como él calificaba el excelente consejo de aquella muger encantadora, que era en realidad su *angel custodio*.

Al separarse, Adela le entregó una cajita y una carta, suplicándole que no las abriese hasta llegar á Buenos-Aires.

Tres días despues, acompañada de su padre y hermano que habían venido á buscarla, se dirigió ella á Santa-Fé, donde era necesaria su presencia para hacer valer ante el juez competente, sus derechos á la parte que la correspondía en la cuantiosa herencia de don Luis. Los deudos de éste y la misma Adela ignoraban la cláusula del contrato matrimonial en que el finado la institua heredera universal de todos sus bienes, en el caso de que muriese antes que ella y sin sucesión. ¡Cuán fiero desengaño, aguardaba pues, á los que ya estaban pensando en aprovecharse de la circunstancia de haber muerto *ab intestato*, para entablar la acción que les concedía la ley! y ¡cuán magnífica sorpresa para Adela, que fuera de las alhajas que su marido la regaló antes de su boda, nada anhelaba de sus inmensas riquezas, si no lo poco que sus avaros parientes quisieran dejarla. ¡Caprichos de la fortuna! giró ella su rueda y la que creía estar debajo, se encontró en la cumbre; mientras los que se repartían de antemano el botín, considerándola como á una estraña, se vieron reducidos á mendigar como un favor del cielo el lote que ella se dignó arrojarles, compadecida de su pobreza ó cansada de sus rastreras adulaciones.

CAPITULO XVII.

SALDO DE CUENTAS.

Mústia la flor de la esperanza mia

Bajo el pesar que el corazón devora...

Pronto á exhalar el postrimer suspiro.

Lleno de fiebre, delirante y ciego,

Mientras luchar con el pudor la miro.

La paz del alma á demandarla llevo.

(Andrés A. de Orihuela.)

—¡Gracias á Dios que nos han dejado solos!

—¡Amen!

—¿Con que por fin ya nos echaron la santa bendición?

—Así parece.

—¿Es decir que ya eres legal y estralegalmente mia en cuerpo y alma?....

—Pues....

—¿Y podré ahora?....

—¿Qué?....

—Pedirte estrecha cuenta de todo lo que me has hecho sufrir, rabiar y desesperarme durante un año...

—¡Por supuesto!

—¿No apelarás de mi sentencia?

—No.

—¿Y si es injusta?

—Callaré y te obedeceré.

—Quiero que te defiendas.

—Me defenderé, pero....

—¿Pero qué?

—Si te pruebo que eres injusto y ademas ingrato

—¿Podré imponerte el castigo que mejor me parezca?

—Segun y conforme.

—Exijiré poco.... muy poco...

—Veamos.

—Me contentaré con que te vayas á dar un paseo por las calles de Buenos-Aires, tarareando la polka hasta que amanezca.

—¡Linda noche de boda!

—¡Amor con amor se paga!

—¡Calla, espacion de mis pecados! tan fea como perversa, mas vale que no te defiendas.

—¿Con que soy muy mala, eh?

—Eres un Neron femenino, un Atila, un Tamerlan, un.... un.... ¿qué se yo?... una onza (1).... de oro.

—¿De veras?....

—Lo digo como lo siento.

—¡Bah! oye las ideas que se me ocurren.

—Mira, dejemos la discusion para mañana.... ya es tarde, y.... francamente.... tengo sueño.... mucho sueño....

—Puedes acostarte, hijo mio, yo pasaré la noche en vela, á fin de espantar á los mosquitos que podrian perturbar tu apacible sueño....

—¡Adela!

—¡Enrique!

Tal era el diálogo que sostenian nuestros dos jóvenes protagonistas, momentos despues de la ceremonia nupcial, la misma noche que se cumplió el plazo marcado por la viuda de don Luis. Enrique se había recibido de abogado esa mañana, y hasta aquel instante no había vuelto á verla desde que se separaron de la Estancia, hacia ya un año.

Irreflexivo y demasiado exigente como todos los amantes, estaba quejoso de la conducta de Adela, mucho mas cuando esta, lejos de justificarse de su supuesta crueldad, le repetía en todas sus cartas, que era un capricho, cuya esplicacion le daría la noche de su enlace. «Entonces, añadía con suma gracia, si te parece *sal daremos nuestras cuentas*; entretanto ten paciencia y prepárate para tus exámenes, sin olvidarte que del resultado depende nuestro matrimonio.

A esto se referían las indirectas de Artames, indirectas mezcladas con alusiones puramente personales y anti-parlamentarias; pero que bien podían perdonarse á un hombre locamente enamorado la noche primera de su boda.

Aquella chanza insustancial, no obstante, que se inauguró bajo tan felices auspicios, había tomado un sesgo en extremo peligroso y resbaladizo. Y en verdad que era un espectáculo muy curioso ver á aquellos dos jóvenes que tanto se amaban, en el instante que debía ser el mas feliz de su vida, ofuscarse por una palabra indiscreta, pasar de la risa á la ironía y de la ironía al enojo, y esponerse con su imprudencia á una escena desagradable, que tal vez acabase para siempre su felicidad.

¡Tan cierto es que entre el excesivo amor y el odio hay una línea tan imperceptible, como la que separa lo sublime de lo ridículo, lo posible de lo imposible, la prudencia del miedo, y la verdad de la mentira!

Por fortuna, Adela tenía demasiado talento y era demasiado bondadosa, para dejarse arrebatar por su justo enojo. Pasado el primer impulso, la reflexion obraba en su ánimo, y se apresuraba á reparar el mal que involuntariamente podía haber hecho.

Así, en vez de parapetarse en un silencio desdeñoso, y esperar á que su marido viniese á implorar misericordia, le dijo mudando de tono:

—Mi esposo y señor, á fuer de sultan generoso y magnánimo, ¿tendrá la galantería de escuchar á su humilde esclava por espacio de cinco minutos nada mas?

Acompañó Adela estas afectuosas palabras con una mirada tan picaresca, con un gesto tan significativo, con un metal de voz tan insinuante, que el venturoso mortal á quien se dirigía, exclamó al punto; concedido, volviendo la cabeza para ocultar la risa que le retozaba en los labios.

—Abrasa esta atmósfera ¿no es verdad? añadió ella levantándose y apagando las luces que ardían sobre una consola inmediata: ven aquí, y hablemos cinco minutos como dos personas formales.

Y así diciendo, abrió un balcon que caía á los jardines de la casa, y se apoyó en la balaustrada, invitando á su marido á que se acercase.

Era una plácida noche del cálido enero, una de esas noches que solo se ven en América. La luna llena brillaba en la mitad del cielo, y sus trémulos rayos al reflejarse sobre los rubios cabellos, sobre la espalda alabastrina y el blanco vestido de la hermosa desposada, parecían envolverla en un trasparente cendal, en una vaporosa nube que giraba en torno de ella y se desvanecía al suave resplandor de sus grandes ojos azules, lánguidos y ardientes, esquivos y amorosos, cual los últimos destellos del lucero de la tarde.

Nunca Enrique la había visto tan seductora; en un año de ausencia, su belleza mejorada en tercio y quinto, había adquirido todo el desarrollo de que era susceptible; mas intencion en la mirada, mas tersura y transparencia en el cutis, mas gracia, mas voluptuosidad y abandono en los movimientos, mas dulzura en el timbre argentino de su voz, mas regularidad en las líneas artísticas de su bellísima fisonomía. Luego, el silencio y misterio de la noche, la incierta luz del astro del amor que derramaba sobre ella ese barniz melancólico, ese rocío de plata que tanto favorece á las hermosas de grandes y diamantinos ojos, de cabellera sedosa y reluciente, y de alba piel, diáfana y suave como el plumon de un cisne; el apagado murmullo de la brisa entre los árboles; las auras errantes, impregnadas de violetas y jazmin, que venían

(1) Variedad del tigre.

á espirar en su frente, perfumando el aire que la rodeaba, menos puro y fragante que el hálito aromado de su boca.... todo, todo se reunía para completar la ilusión del feliz amante, y aumentar el embeleso con que se quedó estático contemplándola, sumergido en una especie de arrobamiento, en un éxtasis, en una delectación amorosa, que solo comprenderán los que venciendo dificultades inmensas, hayan conseguido, cuando menos lo esperaban, encontrarse solos al lado de la muger querida.

Adela, para despertarle de su preocupacion, le tomó el reloj y se puso á mirar la hora.

—Ya han transcurrido los cinco minutos, se atrevió á decir Enrique.

—No, señor, que no van mas que dos; faltan tres; contestó ella mostrándole el reloj.

—Por Dios, Adela, que esos tres minutos no sean como el sermón de las siete palabras, que suelen durar dos ó tres horas!

No sin un violento esfuerzo, consiguió Adela no sonreírse y conservar un aire grave, empezando su discurso á homilia en estos términos:

—Para que nunca puedas calificar, como lo has hecho, de capricho y extravagancia mia lo que es efecto de la entereza de mi carácter y del entrañable amor que te profeso; para que no te quejes sin razón, voy á recordarte todo lo que debemos á la Providencia, á justificar mi conducta, y á demostrarte de paso que *no hay mal que por bien no venga*.

—Es inútil, ya estoy convencido de todo, repuso Enrique con un gesto de impaciencia.

—No lo estas.... escúchame, continuó ella, fingiendo no apercibirse de aquel gesto.

Nosotros éramos dos niños que no comprendíamos la vida.

Pobres los dos, y sin mas amparo que la esperanza, Dios sabe cuando hubiéramos podido mejorar de suerte y realizar nuestro matrimonio.

Ningun contratiempo había venido á poner á prueba nuestro amor y virtud.

En esta situación, la fatalidad me obligó á entregar mi mano á otro hombre á quien odiaba.

Entonces tú y yo, nos creímos los dos seres mas desgraciados del universo, y dudando de la bondad divina, nos imaginamos que para nosotros ya no existía felicidad en la tierra.

Y sin embargo ¡cuán errados eran nuestros juicios!

Ese hombre á quien abandoné mi persona en cambio del honor y la tranquilidad de mi familia, fué mi esposo solamente en el nombre. Mi aversion primero, y una grave dolencia despues, nos mantuvieron hasta su muerte, viviendo bajo el mismo techo, tan separados como dos estraños.

La desgracia templó nuestras almas en la fragua del dolor.

Medimos y valoramos por nuestros padecimientos y sacrificios la estension de nuestro cariño.

Sufrimos cuanto puede sufrir el frágil corazón humano.

Pero siempre, aun en medio de la desesperacion, tuvimos bastante fortaleza y aprecio de nosotros mismos, para no abandonarnos á ningun pensamiento criminal.

Pudimos ser culpables y nos conservamos puros. Cumplí yo con mi deber; fuiste tú leal y pundonoroso amante, no abusando de mi debilidad ni intentando prevalerte del ciego amor que me arrastraba hácia tí; devoraste en silencio los ultrajes de don Luis; quisiste justificarme y asegurar mi reposo, haciéndome el sacrificio de tu vida; pero volviste tus ojos al cielo en el momento fatal, y el cielo se apiadó de nosotros.

En vano provocaste dos veces á la muerte: el tigre que debía despedazarte, fué el instrumento de que se valió la Providencia para que tuviese lugar aquella carcería, que tan cara debía ser al pobre don Luis y coronar nuestra ventura.

Tú que buscabas la muerte te salvaste; y él, que tal vez se conceptuaba ya feliz viendo perecer á su rival, pocos minutos despues sucumbia miserablemente cuando quizá abría su corazón á la esperanza.

Eramos pobres y don Luis nos legó sus inmensas riquezas.

El agradecimiento, las consideraciones sociales, el estado de nuestra salud, los meses de luto, exigían que se retardase nuestro enlace por algun tiempo.

Forzado por la necesidad, habías interrumpido tu carrera cuando solo te faltaba un año para concluir: lejos de mí, necesitabas algo que preocupase fuertemente tu espíritu, y me persuadí que aguijoneado por el amor y el deseo de apresurar la época de nuestro matrimonio, te consagrarias con doble ardor y perseverancia al estudio: por eso te rogué que vinieras á Buenos-Aires, y permanecí yo en Santa-Fé, sin quererte explicar lo que tú mismo hubieras comprendido, si un enamorado fuese capaz de tener sentido comun. Yo te conozco, Enrique; estando juntos habrías perdido el tiempo lastimosamente, y no habrías tenido espacio ni voluntad para abrir un libro.

No teniendo dinero é ignorando que la fortuna de don Luis me pertenecía, te entregué aquella cajita, que contenía mi mejor aderezo, y aquella carta en que te suplicaba le admitieses para atender con su producto á los gastos de tu permanencia en la capital.

Aunque no debía decírtelo, Enrique, tienes una cabeza perfectamente organizada, y era un dolor que no concluyes tu carrera. Quizá en esto había tambien algo de egoismo por mi parte. No ignoras que poco ó nada esperaba de la herencia de Larteman, y aunque n

alhajas valian alguna cosa, no era tanto que pudiéramos vivir con todo el desahogo y bienestar convenientes. Tu carrera te conquistaría una posición, y tu talento te abriría el camino de la fortuna.

—Créeme, tu porvenir y nuestra felicidad futura era lo único que me impulsaba; tú, sin embargo, no querías comprenderlo!

—Si el temor del porvenir te inspiró semejante idea —esclamó Enrique, —¿por qué no variaste de resolución cuando te encontraste dueña de una fortuna como la de don Luis?

—¡Ah! ¿y tú crees que la felicidad consiste únicamente en las riquezas? ¿Crees que un hombre como tú puede condenarse a vivir y vegetar como un cualquiera? Pasarían los primeros meses de embriaguez y delirio, ¿y luego, luego, Enrique?... Luego sentirías el cansancio, el aburrimiento, el hastío de una existencia sin objeto ni aspiraciones, sin brillo ni consideración. Tal vez te fastidiarías hasta de mí, porque vosotros, los hombres de talento, necesitáis continuas emociones para vivir felices, y ningún sentimiento, por grande que sea, basta para absorber toda la febril actividad de vuestra cabeza y llenar eternamente vuestro corazón.

Pobre, necesitabas una posición social: rico, era indispensable que ocupases en la sociedad el rango que te pertenece por tus cualidades intelectuales y tus riquezas. Así podrías ser doblemente útil á tu patria, á tus conciudadanos, á los infelices que necesitasen tu apoyo. Así, la mujer que te consagraste su existencia,

podría amarte doblemente, viéndote brillar en el foro, en la tribuna, en la literatura ó en las artes.

Enrique bajó la cabeza confundido, y algunas lágrimas de ternura y agradecimiento surcaron lentamente sus mejillas.

—Deseando recompensar tu aplicación y proporcionarte una agradable sorpresa—continuó Adela—mi agente de negocios compró y alhajó esta casa, que es un palacio, y esta mañana cuando salías de la universidad con el grado de doctor recibiendo los parabienes de tus amigos, un billete misterioso te trajo aquí, donde yo te esperaba mas amante que nunca, con mi familia, los testigos y el sacerdote que bendijo nuestra unión.

Calló Adela, ó mas bien Enrique la obligó á callar, sellando sus labios con un apasionado beso.

—¿Dime ahora, ingrato, prosiguió ella, esquivando el rostro, dime ahora si tantas lágrimas, tantas amarguras y contratiempos no están suficientemente recompensados? ¿Quién será mas dichoso que nosotros? jóvenes, ricos, convencidos mutuamente de lo que cada uno vale, ¿qué nos falta para ser felices?...

Enrique, ébrio de amor, pasó uno de sus brazos por la leve cintura de su amada, que ya no le rechazó, y murmuró á su oído algunas palabras ininteligibles...

Adela inclinó los ojos al suelo, y tímida y ruborosa, apoyó la frente en el hombro de su marido, dejándose llevar hacia el fondo del aposento.

La luna envidiosa ocultó su disco entre las nubes; detuvo la fuente su fugitivo raudal; los árboles y las

plantas se inclinaron al soplo de la brisa y cubrieron la tierra de hojas y de flores, y el aura enamorada plegó sus alas sobre una blanca azucena.

Luego todo quedó en un profundo silencio: la luna límpida y radiante, volvió á brillar en el firmamento, tornó á correr la sonora fuente, y las plantas, los árboles y las flores, irguiéndose de pronto en sus tallos, entreabrieron su ramaje y sus corolas, suspirando de amor, mientras el aura se escapaba del cáliz de la blanca azucena y divagaba por el estenso vergel murmurando ¡Felicidad!

¡Dichosos los que como Adela y Enrique, no se apartan jamás del sendero de la virtud, y purificados en el crisol del infortunio, encuentran al fin por cada gota de acibar un Océano de ventura, por cada minuto de tristeza un siglo de alegría, y por cada esperanza burlada, por cada ilusión perdida, una guirnalda de esperanzas é ilusiones, tejida con flores inmarcescibles que embalsaman el resto de la existencia, y reverdecen mas allá del sepulcro, porque son eternas como el sentimiento inmortal que las produce!... ¡Dichosos los que tras sus horas de amargura y llanto, pueden levantar sus ojos al cielo, y al darle gracias por sus beneficios, repetir con la *virgen-viuda* y el *suicida arrepentido*: Señor, tú solo eres justo, sabio y bueno: tu paternal bondad siempre vela por nosotros: ¡NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA!

FIN DE LA NOVELA.

LA TABLA REDONDA.

Entre las diferentes órdenes de caballería que han existido, la de *Tabla redonda* es la mas célebre por las proezas de los caballeros que formaron parte de ella.

La institución de esta tabla, parece que se debió á un príncipe inglés, llamado Arturo, que vivía en el siglo VI, y quien, según las antiguas leyendas de su nación conquistó una gran parte de la Francia, y asoció á esta orden á los guerreros mas ilustres.

En Cramlot tenía Arturo su corte; allí era donde este príncipe, cuya existencia es casi fabulosa, reunía en derredor de la famosa tabla, la flor y nata de los héroes de Europa.

Todos conocemos las hazañas de estos caballeros, pero son muy pocas las personas que se han tomado el trabajo de examinar las antiguas crónicas, los cuentos de hadas y de encantadores, donde solamente puede descubrirse el origen de la institución de esta orden.

José de Arimathea, caballero judío, lleno de amor por Jesucristo, compró á Simón la copa sagrada que habían tocado los labios del Dios hombre y los de sus discípulos el día de la cena.

Semejante señal de veneración por Cristo, no pudo menos de atraer sobre José el odio de aquellos que le habían crucificado, y por lo tanto fué metido en un húmedo calabozo y condenado á perecer allí de hambre. En este encierro estuvo olvidado por espacio de medio siglo, hasta la conquista de Jerusalem por Tito. El hijo de José se echó entonces á los pies del emperador suplicándole inquiriesese la suerte de su desventurado padre; un sacerdote reveló el lugar donde se hallaba sepultado en vida; acuden á él para hacerle los funerales; abren el calabozo y le encuentran vivo, porque el precioso tesoro que habia conservado, la copa sagrada, le habia preservado de la muerte; habia detenido para él la marcha regular de los años.

Ya libre José, quiso celebrar el aniversario de la cena, y todos los años reunía cuarenta y nueve con-

dados en derredor de una mesa ó tabla redonda, donde cincuenta sitios estaban señalados.... Uno de ellos, que estaba vacío, recordaba aquel donde Dios se habia sentado; allí se reunían los fieles cristianos, y la copa sagrada pasaba de mano en mano en honor al Salvador

buscando por todas partes el objeto de su veneración. Su divisa era *Mi Dios, mi rey y mi dama*: se propagó por todo el mundo la fama de sus hazañas y de sus amores, y si algunos de nuestros lectores tiene ganas de conocer la historia de sus aventuras y amores, no tiene

mas que repasar el cuadro que ha trazado Mr. Creuze de Lesser en su poema de la *Tabla redonda*. La tabla, de la que nosotros presentamos un dibujo, y sobre la cual aparecen grabados los nombres de los caballeros, se ha conservado en Inglaterra. En cuanto á la copa se ignora la que fué de ella.

La historia en particular suele triunfar del tiempo, que acaba todas las demás memorias y grandezas. De los edificios soberbios, de las estatuas y trofeos, de César, de Alejandro, de César, de sus riquezas y poder, ¿qué queda? ¿qué resto del templo de Salomón, de Jerusalem, de sus torres y baluartes? la vejez consume, y el que hace las cosas se deshace. El sol que produce á la mañana las flores, el mismo las marchita á la tarde. Las historias se las se conservan, por ellas la memoria de personajes y de cosas tan grandes.

Cuentan que Felipe casó á la señora L... una de sus favoritas con un cortesano llamado Zarcilla y Espinosa, lo que le valió el título de duque de Cornicabra. Cincuenta meses después la duquesa dió á luz una niña.

—Bienvenida, señorita, cuentan que dijo el feliz esposo, no os esperaba tan temprano.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior

El mundo comedia es, y los que ciñen laureles hacen primeros papeles y á veces el entremés.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8



Tabla redonda.

de los hombres; pero los siglos hicieron que desapareciesen la copa y la tabla.

Un día el sabio Merlin, amigo y protector del rey Arturo, recibe aviso de que la famosa tabla y la copa existían aun, y que á él está reservado el honor de este descubrimiento. Parece que por medio de su poder mágico la tabla fué trasladada á Cramlot; pero la copa no fué descubierta. Un poder superior le prohíbe revelar el lugar donde se halla oculta, y Arturo entonces reúne en derredor de la Tabla redonda á los caballeros mas famosos de la cristiandad, que tomaron por objeto de sus hazañas aventureras la conquista de la copa.

Estos caballeros se dispersaron por todo el globo,